

Este asunto es muy vasto y aquí he de limitarme al espacio de un artículo de periódico. Concluiré comentando un matiz que me parece sustancial. Para justificar la ayuda a tantos seres hoy necesitados de ella se apela habitualmente a un argumento verdadero, pero que no debemos convertir en falaz: se recuerda (y esta memoria desde luego no debe abandonarnos) que tras nuestra guerra civil muchos de nuestros compatriotas encontraron cobijo, apoyo, cariño y solidaridad en los países de la América hispana. Es cierto, y es sin duda una deuda. Pero la razón más profunda por la que les debemos ayuda no es la de que somos deudores, sino la de que debemos ser personas. En primer lugar, cuando ellos nos ayudaron a nosotros no lo hicieron pensando en que ese gesto habría de producirles rentas: nos ayudaron porque nos amaban. En segundo lugar, el deber de cobijar a los desvalidos no desaparece de la conciencia moral por el hecho de que no les debemos nada. La deuda es con nosotros mismos: es a nuestra conciencia personal y civil a quien debemos el proyecto de dejar de ser egoístas. En realidad, la prevención contra el extranjero, sea cual sea el individuo o el grupo que la manifiesten, y sea cual sea el extranjero que la sufra, no la provoca nunca el extranjero; la provocan nuestro egoísmo, nuestra imperfección, nuestra soberbia, nuestra insignificancia. Porque sucede que no hay extranjeros. Hay nacionalidades, pero no hay extranjeros. Hay, afortunadamente, proyectos de persona. Desgraciadamente, hay también piltrafas de persona: «Abstenerse argentinos» —se ha podido leer en algunos letreros españoles—. Esto es una vergüenza. Pero ante esta vergüenza no basta con ruborizarse. Ruborizarse y nada más, también es vergonzoso.

(6-I-79)

Pura sangre

«El desempleo. Cosa mala, che» —me dice, dulcemente desesperado, un amigo argentino. Es, cómo no, exiliado, y por causas políticas: ¡igual que el sha de Persia! Cosa mala, che, sha, ex-sha. Hace pocas semanas un argentino se suicidó en Madrid. Sin pretender hurtarle al gobierno facha porteño su ayudita en ese suicidio, también es cierto que el suicida estaba sin trabajo. Cosa

mala el exilio y juntamente el paro, sha, rey de reyes, sol de los arios, vicerregente de Dios, sombra del Todopoderoso. Todas aquestas bellas cosas se hace llamar el sha, como prueba de su ponderación. Un poco menos ponderada, o menos nobiliaria y litúrgica, y más a ras de tierra, era y es su fortuna: minuciosos contables calculan sus haberes en una cifra que vacila entre los tres mil y los cuatro mil millones de dólares, supongo que sin contar dinero de bolsillo. Alto vicerregente, sombra del Todopoderoso, qué mala sombra tiene el paro. Produce un desarraigo, una cosa, una especie de emigración, que no veas, sha, no veas. Sólo en el año 1972 perecieron ahogados en el río Bidasoa ciento cincuenta emigrantes clandestinos africanos y portugueses cuando intentaban llegar hasta Francia en busca de trabajo. Pero los que no mueren convierten el trabajo en riqueza: en la década de 1962 a 1972 entraron en España, mediante las transferencias efectuadas por emigrantes españoles, cuatrocientos cuarenta mil millones de pesetas. Son cifras oficiales que aluden sólo a remesas bancarias; a ello es justo agregar transferencias privadas y divisas llegadas en esas billeteras sujetas con una gomita que tanto gustan a los emigrantes, y que sumarían un cuarenta por ciento más: en total, seiscientos diez mil millones de pesetas, en números redondos. ¡Dos o tres veces más que la fortuna personal del sha! Cosa de brujería: ¿cómo es posible que unos cuantos centenares de miles de pobres, sumando su pobreza, junten más dinero que un sha? ¡Si casi se les ve cara de hambre, si los zapatos les duran cinco años, si viven en los confortables barracones que en Alemania verbigracia les deparan sus humanitarios patronos! También el persa y Sol de arios, en su doliente exilio, habrá de distraer su formidable emigración habitando en sus barracones. ¿Que han llegado las nieves? Puede ir a Saint Moritz, donde dispone de una residencia modesta, dieciocho habitaciones construidas con granito duradero y se supone que amuebladas, y donde en unión de Farah Diva puede ejercer su habilidad en el esquí. ¿Que le apetece clima mediterráneo y bondadoso? Hélo entonces en su palacio de Mallorca, cuarenta habitaciones, presumiblemente amuebladas, y un estrambote de escaleras que se alargan hasta lamer el mar. ¿Que de súbito la depresión del emigrante le aconseja que regale su oído con guitarrones de maria-

chi? ¡A Acapulco, a Acapulco! Allí el vicerregente del Señor dispone de cinco bungalows en propiedad, sospecho que amueblados, diseminados en una plantación de palmeras (los ya antes mencionados contadores impertinentes estipulan que tal vivienda mexicana costó al persa trescientos millones de pesetas). ¿Que por hache o por be se ve obligado a viajar a la Gran Bretaña? Pues ale, a su casa de Guildford, cerquita de London, en donde tiene puesta casa con veinte habitaciones, y me parece que amuebladas, en un terreno de unas ochenta hectáreas de praderas y bosque, en donde puede pasear para reflexionar sobre la emigración. Porque los emigrantes reflexionan; a veces, demasiado; hasta que un hervidero de neuronas da con ellos en la perturbación: el setenta por ciento de los enfermos que ingresan en los centros psiquiátricos catalanes son emigrantes: andaluces, castellanos, extremeños, gallegos, que se transculturizaron porque estaban en paro. Sin ir más lejos, siguiendo en Cataluña, del total de alcohólicos y toxicómanos a que atienden los sanatorios psiquiátricos catalanes, un setenta y cinco por ciento son emigrantes; setenta y dos por ciento del total de psicóticos también son emigrantes.

La emigración, el paro, parecen no haber estudiado los cursos de solfeo que años ha se contienen en un método célebre: el de Hilarión Eslava. Yo lo estudié, ilustrísimo ex-sha. Y cuando emigré de mi pueblo, y cuando estaba sin trabajo, cualquier cosa sonaba en mi redor excepto música. Menos mal que encontré mi sueldo sin tener que viajar verbigracia a Alemania: no me relajan nada los conciertos de música de patos. En cambio, al sha, sombra del Todopoderoso, pareciera que sí: en Offenburg dispone de una casa, amueblada, me temo, con granja en la que habitan seis mil patos, que apaciblemente berrean su sinfonía volátil. Doquiera la mente mía sus alas rápidas lleva, allí un parado se eleva con harta melancolía. Sospecho melancólico a Mohamed Reza Pahlevi ahora que el fanático *ayatollah* Jomeini (¡esa es otra: pobres persas, entre Málaga y Malagón! ¡Pobres mujeres persas, antes emparedadas en pobreza y ahora empaladas con medievales cimitarras que emergen del Corán! ¡Pobre Persia, anteayer víctima del hambre, ayer del hambre y de la tiranía y mañana del petrodólar, del fanatismo y tal vez de la guerra civil! ¡Pobres pobres!), sospecho melancólico, repito, al vicerregente de Dios, ahora que el *ayatollah* lo dejó sin corona. Es decir, sin trabajo. Tantos

años establecido de monarca y fíjate, ahora en paro. Pero he aquí que dijo, previsor: «Si un día pierdo el trono, me ganaré la vida como criador de caballos de pura sangre». ¡Pues claro! ¡Cómo no se me había ocurrido! ¿Cómo no se les ha ocurrido a todos esos millones de gentes sin trabajo que sirven de materia prima a la trata de pobres? ¿Cómo es posible que millones de individuos en paro y emigrantes sean, además, tan bestias como para no caer en la cuenta de que la solución a la pérdida del trabajo y de las calles de la infancia es la cría de caballos de raza? Ese pobre argentino que hace semanas buscó alivio en la muerte, ¿cómo no pensaría emplear su exagerado ocio en la cría y recría de pura-sangres? ¿Cómo, en vez de morir, no pensó en esto? ¿Qué le costaba, ¡mierda!, hacerse ganadero?

(15-II-79)

«Estúpida arrogancia»

En febrero de 1968 y en la ciudad de México, mi amigo Paco Ignacio Taibo me llevó una tarde a conocer a León Felipe. El anciano poeta me hizo docenas de preguntas sobre los escritores españoles del interior, sobre los jóvenes poetas, sobre la situación política de la España de entonces, sobre los campos y las ciudades españolas. Ante la mirada cariñosa de Taibo y la mirada extremadamente vivaz del anciano, respondí como pude a un interrogatorio que nacía en un lugar más hondo que la curiosidad y aún más hondo que la añoranza: aquellas preguntas provenían de la necesidad. Para el León Felipe que alcancé a conocer (murió poco después, sin regresar a España) el país por el que preguntaba no era un tema de conversación y ni siquiera meramente un recuerdo: era un muñón: al anciano le seguía faltando una parte imprescindible de su vida.

Me apresuro a agregar dos datos que dan a la inquietante nostalgia del anciano una dimensión trágica: en primer lugar, México lo quería como a una cosa suya; era visitado y amado por los escritores y los estudiantes mexicanos de un modo tan natural y tan constante que pareciera como si entre todos tuvieran el propósito de hacerle sentirse en México como si allí hubiera nacido; no le faltaban ni el cariño, ni el reconocimiento, ni las

imprescindibles apoyaturas materiales que el anciano necesitaba para poder dormir en el destierro. Una vez más, quiero agradecer a los escritores, a los estudiantes y al pueblo mexicano la generosidad con que sus entrañables corazones dieron calor a nuestros exiliados.

Por otra parte, León Felipe mantenía una vasta y puntual comunicación con la vida literaria española. La tarde en que lo visité, su mesa de trabajo mostraba algunas de las ediciones más recientes de jovencísimos poetas; había cartas de España, un *Quijote* emocionantemente manoseado. Quiero decir que, por un lado, México daba a León Felipe todo el amor y toda la ayuda que parece necesitar un hombre para que sienta que no ha perdido lo esencial y, por otro, el presente de la España de entonces cohabitaba en su casa y con su vida en forma de correspondencia, libros recién salidos de las editoriales, visitas de españoles viajeros, llamadas telefónicas. «Sin embargo, ah, sin embargo», había escrito nuestro maestro don Antonio Machado.

Recuerdo que fue precisamente al hablarme de don Antonio cuando León Felipe sufrió una patética transfiguración. Bajó hasta sus recuerdos más sombríos, me habló del Machado de la huida hacia Collioure y, poco a poco, el anciano poeta desterrado fue perdiendo la lucidez. El que un momento antes era dueño de un finísimo humor, una enorme curiosidad, una viveza y una continuidad verbal tan despiertas fue, suavemente, penetrando en el desvarío. Y de pronto advertí, con cierto lento horror, que el anciano equivocaba fechas, hablaba de los muertos como si vivieran aún o como si la memoria desgraciada los hubiera resucitado. En el mismo momento en que asistía a ese esplendor de la ruina, a ese muñón de desvarío y de dolor, comprendí que estaba asistiendo al horrible espectáculo de un escritor en el destierro.

Hoy rememoro aquella escena para dar sentido a un reproche. En un número del suplemento cultural del diario argentino *Clarín* y a propósito del fallecimiento del poeta Juan L. Ortiz, la escritora argentina Marta Lynch escribió estas palabras: «En medio de la vorágine de estos últimos años, Juan no se movió de su casita al lado del río Paraná (...) No temió. No se escapó. No tuvo el desparpajo ni la cobardía ni la estúpida arrogancia de irse del país para sentirse a gusto». Un amigo argentino me ha dejado ese texto inmisericorde. La primera vez que lo leí casi no lograba creer que frases como esas pudie-

ran haber sido escritas. Aun suponiendo que su autora tenga una ideología muy próxima a la dictadura argentina, o bien que tenga miedo y trate de garantizarse una seguridad que es allí hoy bien precaria para los escritores, yo creo que ni aun así tiene derecho a escribir palabras tan atroces. ¿Para sentirse a gusto? ¿Los escritores del exilio argentino han tenido la estúpida arrogancia de *escapar* (ella es quien ha escrito ese verbo, tal vez inadvertidamente) para sentirse a gusto? ¿Todos?

La nómina de escritores exiliados hispanoamericanos que están viviendo en la penuria, almorzando tristeza, desayunando inestabilidad, cenando nostalgia y hasta puede que desvarío, que se sienten y que se saben profundamente desgraciados, que lamen su muñón, que padecen la obsesión de lo que les falta, esa sería una nómina muy larga. En representación de todos ellos voy a citar un caso extremo: el pasado cinco de junio, el periodista argentino Miguel Camperchioli, un hombre de cuarenta años y padre de tres hijos, se tiró por la ventana del cuarto piso de la madrileña pensión en que vivía. Cuatro días más tarde murió. Pongo el cadáver de ese hombre ante la conciencia y la pluma de Marta Lynch para que reflexione sobre palabras suyas que trivializan y que ensucian a los motivos del exilio y a la pena del exiliado al suponerle desparpajo, cobardía, estúpida arrogancia, y al sugerir que todo exiliado escapa para sentirse a gusto. Yo quisiera que Marta Lynch leyera esta carta que le mando sin odio y que reflexionara un poco, no ya con fraternidad por sus colegas desterrados, sino al menos con cierto amor por ella misma y por la profesión que ejerce: frases como la que ella ha escrito indican un endurecimiento de corazón y una carencia de piedad con los cuales no es improbable que algún día su pluma se le quede quieta; su conciencia, de piedra; su corazón, vacío.

(5-VII-79)

Argentinos

Con octubre en los hombros.

Miguel Hernández

En Argentina pronto comenzará el verano. Yo conozco el verano de allá. Dos veces lo he gozado. Una, hace nueve años. Otra, hace seis. Lo más hermoso de las sema-

nas que pasé en Argentina es que sus gentes eran una manera del verano. En La Rioja, en Mendoza, en Córdoba o en Buenos Aires conocí gentes que me llenaban de verano desde su corazón. Salteños, rosarinos, tucumanos, bonaerenses, riojanos, cordobeses... eran personas cálidas, generosas, inmediatas, inolvidables. ¿Cómo podría aquí enumerarlas todas, narrar su hondo sentido de la amistad, referir su cariño puntual, contar su honor humano? Debo hacerlo algún día, y ello me ocupará por lo menos un libro. Cuando escriba ese libro, la suma de los rostros que allí miré y amé, que me convalidaron con su mirada afectuosa, la suma de las risas compartidas, de las guitarras compartidas, de los vasos de vino y de café y las conversaciones compartidas, la suma de todo ese delicado fragor que emociona a las emociones cuando caminan juntas y se cruzan, se complementan, se enriquecen, la suma de todo aquello cotidiano habrá de aparecer, en ese libro que escribiré algún día, como una forma del verano: un tiempo de cosecha y sol, de fruta y cosa viva, de olor a mundo, de empaque de persona. Si no tiene ese sol lo romperé y volveré a escribirlo hasta que alcance a ser una cosa corazonal, caliente. Llevo en mi corazón un poco de verano argentino, sé muy bien que se lo debo a las personas argentinas, a ellas, a su calor, a su capacidad de ser verano.

Pronto será verano allí. Pronto la pampa húmeda estará dilatada y bellísima. Pronto, en el Norte, el termómetro alcanzará cincuenta grados. En la tierra reseca de La Rioja correrá por los campos un viento de pobreza entre las notas de la guitarra de Falú. Pronto, en Mendoza, comenzarán las cepas a preñarse para parir algunos de los vinos más nobles de todo el continente. Y en los ranchitos de las afueras de esa barbaridad llamada Buenos Aires, muy pronto algunos mozos, en el anochecer, sentados en el cordón de la vereda o junto a la glicina, con la abuela ofreciendo mate, respuntarán el cordaje de las guitarras, interrumpiéndose a menudo para recordar, con amor, una variación de Atahualpa. Y entre un mate y una botella, alguien entonará, quizá con una maravillosa pobre voz, mal entonada y bien llorada, una canción de Jaime Dávalos.

La inmensa mayoría de los hijos de esa tierra abrumada, la inmensa mayoría de los ciudadanos de esa barbaridad llamada Buenos Aires, o de Mendoza, o de Rosario, son gentes ejemplares, buena gente, emocionante

gente. Si estás en una casa y algo en ella te gusta y cabe, te lo meten en la maleta para que lo traigas a España. Argentina se fue formando con pobres de la pobre Europa, y nadie goza más que los pobres regalando sus diminutas propiedades, y nadie quiere más al viajero que quien lleva en la sangre de sus antepasados el horror de la emigración. La emigración, es decir, la separación, permanece tan viva en el fondo del corazón del argentino, que ni aun en una charla comprenden la separación por unas cuantas horas: cuando la noche es joven —como lo es, como siempre lo es— suelen arañar los bolsillos y juntar las monedas precisas para bajar a comprar otra botella que dé brillo dorado a la conversación. ¡Y la conversación! Conozco pocos sitios en el mundo (y ya he viajado mucho) donde la charla continúe siendo, como lo era desde hace siglos en el mundo y como todavía allí lo es, un rito, un encuentro con búsqueda infinita, casi una comunión, una ceremonia de júbilo y de tiempo, el nudo hermoso de la libertad, es decir: don de gentes. Sólo en Andalucía he visto tal fervor popular por la conversación, tal unción por el vino compartido, tal amor al lenguaje de las guitarras e imbricación tan honda en la salud de la amistad. Los lugares del mundo donde yo he sido más feliz desmenuzando horas para alimentarme de ellas como con granos de mazorca, escuchando guitarras para nutrirme de sus músicas como con besos de la necesidad, recibiendo el don de las personas generosas y renaciendo por entre el vaho de esa placenta que se llama amistad, son la tierra andaluza y la tierra argentina, y sus nutricias y abrumadoras gentes. Los quiero mucho a aquellos creadores de verano.

Pronto será verano allí. Aquí, en su amada España, pronto comenzará el invierno. Hay argentinos en España frente al próximo invierno. No quiero que esta página sea una incidencia más en la política. Ni siquiera en la historia. Quiero que sea una carta de amor. Los argentinos que viven en España necesitan cartas de amor. Hoy no disfrutan su verano, y empiezan a aterirse aquí, en su querida España, en mi querida España. Empiezan ya a cubrirse con sus prendas de abrigo para calentarse los huesos. Pero les hace falta abrigo para su corazón. A veces nieva sobre su corazón. La nieve, bella en el bienestar, bella en un parque, es horrible en un barrio pobre y horrible en el exilio. Mala nieve la que se prensa sobre el corazón del exilio. Hace un par de semanas,

en un diario de la tarde en Madrid, se publicaba una columna bajo el título hostil: «Demasiados argentinos». El contenido de la columna era también hostil. Decía que «la hospitalidad de Madrid está empezando a ser peligrosa». ¡Vaya hospitalidad, que considera peligroso el drama de su huésped! La columna decía que los argentinos van a ser pronto «una auténtica carcoma», y son ya «un raro espécimen»: «El argentino es un raro espécimen que pasea por Madrid su prepotencia y su falta de identidad, envuelto en un currículum y en unos cuantos títulos de doctor y falso comendatore. Con estos antecedentes se vende muy bien a sí mismo y logra colocarse enseguida». Sí: por eso el día 5 de junio, el argentino Miguel Camperchioli, periodista, desesperado y padre de tres hijos, se tiró por una ventana y se mató. El argentino —es decir, *todos* los argentinos, una forma de ser, representada por millones de gentes—, ¿es raro espécimen, falsario, prepotente, carcoma...? ¡Santo Dios, qué vergüenza!

Pronto será verano en Argentina. En España ya casi empieza a ser invierno. Los argentinos que carecen de su verano, que tuvieron que abandonarlo por la fuerza

de un invierno de miedo o de pobreza, buscan en su querida España un poco de verano democrático, un poco del calor de la fraternidad, porque siempre hay invierno en el exilio. Siempre hay invierno en el exilio, y si además se insulta al exiliado, entonces ese invierno nieva, que es su modo de aullar mansa, asombrada y clandestinamente. Sin su Edmundo Rivero y sin su larga charla en la noche cordial de la calle Corrientes o de cualquier ranchito de cualquier ciudad del país, sin su tierra bajo los pies, sin sus familiares ancianos, sin sus proyectos y su mate (recordadlo: la yerba mate sirve para cocer una infusión que se bebe, casi siempre, de modo compartido), los argentinos comienzan a vivir el invierno y tiritan de frío. Se abotonan prendas de abrigo, se vendan con una bufanda y salen a las calles a buscar un trabajo, empezando a pensar que aquí, en la amada España, ya no les quiere nadie, mientras notan que nieva sobre su corazón.

(28-X-79)

Félix Grande

